

tiger woods

JEFF BENEDICT Y ARMEN KETEYIAN

Traducción de Denis Torres Gamero

CONTRA

Tiger Woods

© 2018, Jeff Benedict & Associates, LLC, y Lights Out Productions, LLC

Publicado según acuerdo con Simon & Schuster, Inc.

Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Septiembre de 2019

© 2019, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2019, Denis Torres Gamero, de la traducción

© Michael O'Neill / Contour RA / Getty Images, del retrato de Tiger Woods de la cubierta

ISBN: 978-84-120287-8-2

Depósito Legal: B 19.017-2019

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Lydia, la mejor de las esposas, la mejor de las mujeres.

*Para Dede, mi extraordinaria esposa, que ha tolerado, ha inspirado,
ha confiado y, lo mejor de todo, ha amado.*

ÍNDICE

- PRÓLOGO** P. 9
- 1. EL FINAL** P. 19
- 2. ASUNTOS FAMILIARES** P. 25
- 3. HA NACIDO UNA ESTRELLA** P. 39
- 4. EL PRODIGIO** P. 55
- 5. ¿QUIÉN ES TIGER WOODS?** P. 69
- 6. EL SIGUIENTE NIVEL** P. 89
- 7. EL AMATEUR** P. 107
- 8. AMIGOS RICOS** P. 125
- 9. EL SALTO** P. 141
- 10. HOLA, MUNDO** P. 165
- 11. MAGISTRAL** P. 185
- 12. MANÍA** P. 203
- 13. CAMBIOS** P. 213
- 14. EXPLOTACIÓN** P. 219
- 15. INSTINTOS** P. 231
- 16. YA LO TENGO** P. 241

- 17. ¿ALGUNA PREGUNTA?** P. 259
- 18. SUPERIORIDAD** P. 273
- 19. FRÍO** P. 283
- 20. EN LA BURBUJA** P. 295
- 21. CAMBIOS II** P. 309
- 22. INJUGABLE** P. 331
- 23. PÉRDIDA** P. 341
- 24. TIC, TAC** P. 357
- 25. SOLO ES DOLOR** P. 373
- 26. EN MANOS MILAGROSAS** P. 383
- 27. EL ACCIDENTE** P. 395
- 28. LA TORMENTA** P. 411
- 29. RENDICIÓN DE CUENTAS** P. 425
- 30. ESTADO DE VERGÜENZA
CONSTANTE** P. 439
- 31. SEPARACIÓN** P. 455
- 32. DE CARNE Y HUESO** P. 467
- 33. PUNTO DE NO RETORNO** P. 485
- 34. HACIA EL *ROUGH*** P. 501
- 35. PASANDO EL CORTE** P. 513
- AGRADECIMIENTOS** P. 521



PRÓLOGO

Plantado entre dos lápidas, Mike Mohler hundió la perforadora en la tierra, dándole vueltas como a un sacacorchos. Era viernes, 5 de mayo de 2006, y las calurosas temperaturas habían ablandado el suelo del Sunset Cemetery de Manhattan, en el estado de Kansas. Terrón a terrón, el sepulturero, de cuarenta y cuatro años y cuyo pelo empezaba a clarear, cavó meticulosamente una fosa, apilando la tierra a su lado. En veinticuatro horas, las cenizas del hijo más famoso de la ciudad serían sepultadas allí. Casi nadie sabía del entierro y Mohler pretendía mantener la discreción.

La noche anterior, Mohler se encontraba en casa viendo la televisión cuando sonó el teléfono. Eran aproximadamente las nueve, y su interlocutora no se identificó.

—Tenemos un entierro en camino —dijo.

«Curiosa manera de iniciar una llamada», pensó Mohler. Especialmente a su domicilio y a una hora tan tardía.

—¿Cómo se llama el difunto? —preguntó.

—No puedo decírselo —respondió la mujer.

—Bueno, pues yo no puedo ayudarla si no me da un nombre —le explicó.

—No puedo decírselo hasta que no firme unos documentos de confidencialidad —replicó ella.

Mohler le contó que no sería necesario. El estado le había exigido firmar unos documentos que lo obligaban a guardar confidencialidad al hacerse sepulturero diecisiete años atrás.

—Tengo que saber a quién voy a enterrar; si no, ni siquiera puedo saber si tiene parcela aquí —dijo.

La mujer aseguró a Mohler que la persona fallecida tenía una parcela. Entonces, este oyó de fondo a una voz de hombre decir: «Dile a quién va a enterrar y ya está».

—Llamo de parte de Tiger Woods —le contó la mujer a Mohler—. Su padre ha fallecido.

El teniente coronel Earl Dennison Woods murió de un ataque al corazón en su casa de Cypress, California, el 3 de mayo de 2006. Tenía setenta y cuatro años y estaba delicado de salud; el cáncer y su eterna afición al alcohol y el tabaco lo habían debilitado mucho. Earl, un boina verde que había servido en Vietnam en dos ocasiones, había conseguido que en todo el mundo se le aclamara por su casi mítica labor criando al golfista más famoso de todos los tiempos. Woods era célebre por sus excéntricas declaraciones, como cuando auguró en *Sports Illustrated* que su hijo, que por ese entonces tenía veinte años, llegaría a tener mayor influencia en el mundo que Nelson Mandela, Gandhi o Buda. «Es el Elegido —explicó Earl a la revista—. Tendrá el poder de influir en las naciones.»

Esas expectativas eran desmesuradas. Sin embargo, Tiger dijo en repetidas ocasiones que nadie lo conocía mejor que su padre, el hombre al que a menudo se refería como su «mejor amigo» y su «héroe». Juntos protagonizaron uno de los momentos más memorables de la historia del deporte. Inmediatamente después de que Tiger embocara su último *putt* y ganara el Masters de 1997 por doce golpes —una ventaja sin precedentes—, Earl le dio un inolvidable abrazo de oso. En la que fue la retransmisión de golf más vista de la historia de los EE. UU., se calcula que unos cuarenta y tres millones de espectadores (casi el quince por ciento de los hogares estadounidenses) fueron testigos de cómo padre e hijo lloraban abrazados mientras Earl le decía al oído: «Te quiero, hijo». Decenas de programas de golf habían terminado de manera similar, con los dos fundidos en un abrazo y Earl susurrando esas tres mismas palabras.

Pero Mike Mohler no veía torneos de golf. No era muy aficionado

a ese deporte y no había cogido un palo de golf en su vida. A pesar de ello, admiraba a Tiger Woods y para él fue todo un orgullo cavar la tumba de Woods padre. Con la ayuda de un mapa del cementerio, Mohler había localizado la parcela funeraria de Earl (bloque 5, parcela 12, tumba 02), justo entre las de sus padres, Miles y Maude Woods. Desde que asumió el cargo de sepulturero en 1989, Mohler había cavado más de dos mil fosas. La de Earl sería mucho más pequeña que la mayoría, pues lo habían incinerado. Tiger y su madre, Kultida, estaban volando desde el sur de California con una caja de madera cuadrada de veinticinco por veinticinco centímetros y poca profundidad que contenía las cenizas de Earl. Mohler estaba listo y esperaba su llegada. Tras casi una hora cavando, había dado forma a una tumba que recordaba al hueco de un ascensor en miniatura. Medía treinta centímetros de largo, treinta de ancho y ciento siete de profundidad. Sirviéndose de una pala, raspó la tierra suelta de los laterales hasta dejar los bordes milimétricamente rectos.

Al día siguiente, sobre las doce del mediodía, dos limusinas se detuvieron en una antigua sección del cementerio. Tiger, su mujer, Elin, y la madre de Tiger salieron del primer coche, y los tres hijos fruto del primer matrimonio de Earl se apearon del segundo. Mohler y su esposa, Kay, los recibieron. Hacia el final de la ceremonia, que no duró más de veinte minutos, Kultida entregó a Mohler la caja de madera con las cenizas de su marido. Él la colocó en el hoyo y vertió cemento. Bajo la atenta mirada de la familia, Mohler, cuidadosamente, llenó el agujero de tierra, allanó la parte superior y la cubrió con un tepe de césped. Acto seguido, los familiares desfilaron hacia las limusinas y, tras un breve alto en el domicilio donde Earl había pasado su infancia, volvieron al aeropuerto.

Unos días después, cuando se corrió la voz de que Earl Woods había sido enterrado, la empresa local encargada de fabricar lápidas y piedras sepulcrales (una compañía llamada Manhattan Monuments) previó que les encargarían un gran monumento de granito. Llamaron a Mohler, pero él no tenía información al respecto. Ni Tiger ni su madre habían dejado instrucciones para una lápida.

En un primer momento, Mohler pensó que la familia simplemente necesitaba tiempo para decidir qué quería. Cada uno lleva el luto de manera distinta, él lo sabía mejor que nadie. Sin embargo, pasaron cinco y luego diez años y la familia seguía sin haber encargado un monumento funerario.

«No hay lápida —declaró Mohler en 2015—. Su tumba no tiene ninguna marca. La única manera de saber dónde está enterrado Earl Woods es sabiendo dónde buscar los delimitadores de la parcela, que están bajo tierra. Se necesita un mapa para encontrarlos.»

En definitiva, Earl Dennison Woods fue sepultado en la tierra de Kansas en una tumba sin marcar. Sin piedra. Sin epitafio. Nada.

«Es como si ni siquiera estuviera ahí», dijo Mohler.

Tiger Woods era el tipo de estrella trascendente que aparece con una frecuencia similar a la del cometa Halley. Se mire por donde se mire, es el golfista con más talento que ha existido, y podría decirse que el mayor deportista individual de la historia moderna. Durante un periodo de quince años —desde agosto de 1994, cuando se hizo con la primera de sus tres victorias consecutivas en el US Amateur siendo un estudiante de dieciocho años en su último curso de secundaria, hasta las primeras horas de la madrugada del 27 de noviembre de 2009, cuando estrelló su todoterreno contra un árbol y acabó con la trayectoria más hegemónica de la historia del golf—, Woods fue un torbellino humano de apasionante dramatismo y entretenimiento, protagonista de algunos de los momentos más memorables de la historia del deporte televisado.

A Woods se lo comparará siempre con Jack Nicklaus, que ganó más *majors*. Sin embargo, el efecto Tiger no se puede medir con datos estadísticos. Puede que una comparación literaria sea más adecuada. Considerando todo el espectro de sus impresionantes dotes, Woods era nada menos que un Shakespeare contemporáneo. Alguien como nunca nadie había visto ni volverá a ver.

El legado golfístico de Woods raya en lo inimaginable. Fue el primer golfista de herencia afroamericana y también el más joven de la historia en ganar un *major*. Ganó catorce grandes y un total de seten-

ta y nueve¹ torneos en el PGA Tour (marca solo superada por Sam Snead) y más de cien en todo el mundo. Ostenta el récord en número de cortes consecutivos superados (142 en cerca de ocho años) y de semanas siendo el número uno del mundo (683). Además, ha sido nombrado once veces Jugador del Año, ha conseguido en nueve ocasiones la mejor puntuación anual y ha ganado más de 110 millones de dólares en premios oficiales. Los torneos que disputaba batían sistemáticamente récords de asistencia y de audiencia en televisión. Su carisma y sus dos décadas de hegemonía impulsaron el estratosférico incremento en los premios en metálico del PGA Tour; de 67 millones de dólares en 1996, su primer año como profesional, llegaron a una cifra récord de 363 millones en 2017-18, a la vez que la media de premios en metálico por torneo pasó de 1,5 a 7,4 millones de dólares durante ese mismo periodo. De paso, ayudó a que más de cuatrocientos profesionales se hicieran millonarios. En definitiva, que Woods transformó el golf desde un punto de vista deportivo, social, cultural y económico.

En el apogeo de la carrera de Tiger, el golf estaba por encima de la NFL y la NBA en los índices de audiencia Nielsen. Como imagen de Nike, American Express, Disney, Gillette, General Motors, Rolex, Accenture, Gatorade, General Mills y EA Sports, Woods aparecía en anuncios de televisión, en vallas publicitarias y en revistas y periódicos. Los seguidores lo acosaban allá donde iba: Francia, Tailandia, Inglaterra, Japón, Alemania, Sudáfrica, Australia e incluso Dubái; los reyes y los presidentes intentaban congraciarse con él; las grandes empresas le cortejaban; las estrellas del rock y los actores de Hollywood querían ser él, y las mujeres querían acostarse con él. Durante casi dos décadas, fue simple y llanamente el deportista más famoso del mundo.

Tiger no estaba solo únicamente en la cima del mundo del golf. En un sentido muy literal, estaba solo. Pese a su instinto asesino en el campo, fuera de él era una persona introvertida que se sentía más cómoda jugando a videojuegos, viendo la televisión o entrenando en

1. Desde la publicación de este libro en EE. UU. en 2018, Tiger ha cosechado dos victorias más en el PGA Tour, la más reciente en el Masters de 2019. [N. del T.]

soledad. Ya durante la infancia, pasaba mucho más tiempo solo en su habitación que jugando en la calle con otros niños. Al no tener hermanos, muy pronto aprendió que sus padres eran los únicos en quienes debía confiar y de quienes podía depender. Así fue más o menos como ellos lo programaron. Su padre asumió los roles de mentor de golf, sabio, visionario y mejor amigo. Su madre, Kultida, era su exigente y temible protectora. Juntos, sus padres resultaban una fuerza inexpugnable que no dejaba que nadie penetrara en el camino hacia el éxito que habían allanado —y protegido celosamente— para su hijo. En su hogar del sur de California, donde la vida giraba en torno a Tiger y el golf, el mantra estaba claro: la familia lo es todo.

La dinámica de la familia Woods convirtió a Tiger en el deportista más misterioso de su tiempo, un enigma obsesionado con la privacidad que consiguió dominar el arte de ser invisible a la vista de todos, de decir cosas sin revelar prácticamente nada. Por un lado, creció ante nuestros ojos, ya que apareció en programas de televisión desde la temprana edad de dos años y se le hicieron fotografías y artículos durante toda su infancia. Por otro lado, gran parte de su verdadera historia familiar y su vida privada sigue oculta tras entrevistas con condiciones pactadas de antemano, ruedas de prensa meticulosamente estructuradas, relatos míticos, medias verdades, sofisticadas campañas publicitarias y titulares de tabloides.

Así las cosas, no nos sorprendió que Woods, a través de su portavoz principal, Glenn Greenspan, se negara a ser entrevistado para este libro. (De hecho, para ser más exactos, se nos dijo que antes de que «consideraran» una entrevista teníamos que informarles de con quién habíamos hablado, qué nos habían dicho y las preguntas concretas que íbamos a formular, condiciones que no estábamos dispuestos a aceptar.) La madre de Woods, Kultida, a su vez, no respondió a nuestra solicitud de entrevista. No obstante, Woods sí autorizó a su quiropráctico de toda la vida a que nos facilitara una declaración completa sobre su trato con el golfista y el asunto de las sustancias para mejorar el rendimiento.

En un esfuerzo por ser exhaustivos, empezamos por leer todos los libros significativos sobre Woods (en total más de veinte) escritos por

él, su padre, exentrenadores, un antiguo *caddie* y la primera mujer de Earl (Barbara Woods Gary), entre otros. Incluidos en esa lista se encontraban los por momentos extraordinarios relatos de periodistas como Tom Callahan, John Feinstein, Steve Helling, Robert Lusetich, Tim Rosaforte, Howard Sounes y John Strege. Sería un descuido por nuestra parte no destacar dos fuentes de información de incalculable valor: *El Masters de mi vida: Mi historia*, de Tiger Woods con Lorne Rubenstein, publicado en 2017, en el vigésimo aniversario del histórico triunfo de Woods en Augusta, y *The Big Miss: My Years Coaching Tiger Woods*, de Hank Haney. Escarbamos prácticamente todas las páginas de ambos libros en busca de perspectivas, hechos y reflexiones que hicieran que nuestra historia fuera veraz. Además, leímos libros sobre budismo, las Fuerzas de Operaciones Especiales de la Marina de los Estados Unidos, niños prodigio, el éxito, el negocio del golf, la adicción al sexo, conducta compulsiva, infidelidad y sustancias para mejorar el rendimiento. Simultáneamente, pasamos meses elaborando una completa cronología de ciento veinte páginas de la vida de Woods, detallando cualquier momento o acontecimiento significativos desde el nacimiento de sus padres. También revisamos las transcripciones de más de trescientas veinte ruedas de prensa oficiales que Tiger dio entre 1996 y 2017, así como decenas de transcripciones de entrevistas que concedió sobre una gran variedad de temas a medios informativos y programas de televisión. Con la ayuda de un periodista de investigación de *Sports Illustrated*, recopilamos y leímos miles de artículos de revistas y periódicos de todo tipo sobre Tiger. Y gracias a los canales de televisión CBS, NBC y Golf Channel, y al PGA Tour, vimos más de cien horas de metraje de Tiger, dentro y fuera del campo.

Durante un periodo de tres años, también realizamos más de cuatrocientas entrevistas a más de doscientas cincuenta personas de todas las épocas de la vida de Woods, desde profesionales de la enseñanza y entrenadores de *swing* que una vez ocuparon un lugar en su círculo cercano hasta amigos íntimos de dentro y fuera del mundo del golf, pasando por su primer amor. No obstante, algunas de las informaciones más reveladoras vinieron de los montones de personas del pasado de Tiger que nunca antes habían sido entrevistadas: aque-

llas que ayudaron a financiar su carrera amateur, la propietaria de la casa de Augusta donde Tiger se alojaba año tras año durante el Masters, una íntima confidente, antiguos empleados, socios comerciales, su profesor de submarinismo, sus vecinos de Isleworth y aquellos que trabajaron con él detrás de las cámaras en IMG, Nike, Titleist, EA Sports, NBC Sports y CBS Sports.

Pronto descubrimos que dos de las cualidades que más valora Woods son la privacidad y la lealtad. En cuanto a la primera, muchas de las personas con las que hablamos —desde el exagente de Tiger, J. Hughes Norton III, hasta antiguos empleados de su empresa, la ETW Corp.— habían firmado acuerdos de confidencialidad que les prohibían hablar con nosotros. «Al igual que tantos otros en su círculo, estaba sujeto al cumplimiento de contratos y otros documentos legales», nos contó un antiguo empleado en un email. No es inusual que los personajes públicos obliguen a aquellos que los rodean —especialmente a aquellos que tienen contacto directo con los familiares y acceso a información personal— a firmar acuerdos de confidencialidad. Sin embargo, Tiger tomó medidas extremas para proteger incluso la más trivial de las informaciones sobre su pasado. Por ejemplo, pidió personalmente que nadie tuviera acceso a sus anuarios del instituto. Sorprendentemente, el distrito escolar público accedió a su petición y nos dijeron que no nos estaba permitido verlos (acabamos consultándolos en la biblioteca local). En cuanto a la lealtad, todos, uno detrás de otro, nos dijeron que tendrían que «consultarlo con Tiger» antes de acceder a hablar. Un antiguo compañero de secundaria con el que hablamos simplemente con la esperanza de averiguar algunas cosas acerca del instituto Western High School de Anaheim nos hizo saber que antes necesitaba el permiso de Tiger. Le dijimos que no se molestara.

Después de todo esto, la pregunta es obligada: ¿por qué embarcarse en este proyecto? Nuestra respuesta es sencilla: muy pocas personas son conocidas en todo el mundo por una sola palabra. Tiger ha logrado formar parte de ese selecto club siendo el mejor golfista —algunos dirán el mejor deportista— de la historia moderna. Sin embargo, su historia va más allá del golf y su influencia ha alcanzado todos

PRÓLOGO

los rincones del planeta. A pesar de ello, nunca se ha hecho una biografía completa que ofrezca una perspectiva de 360 grados de toda la vida de Tiger hasta la fecha, una que examine de cerca sus raíces y el papel fundamental que jugaron sus padres en sus épicos ascenso, caída y regreso. Tras escribir *The System*, en el que nos sumergimos en el complejo mundo del fútbol americano universitario, buscábamos otra montaña que escalar. No se nos ocurrió ninguna más imponente y estimulante que el monte Woods. Desde el principio, nuestro objetivo fue aportar algo fresco y revelador y, de paso, trazar un retrato humano completo de un auténtico aunque reticente ídolo americano.

Este libro es ese retrato.



CAPÍTULO UNO

EL FINAL

Descalzo y aturdido, el deportista más poderoso del planeta se había encerrado en un cuarto de baño. Durante años, como un escapista, había sido capaz de ocultar las huellas de su vida privada. Aquella vez no. Finalmente, su mujer le había descubierto. Pero había muchas cosas que no sabía, muchas cosas que nadie sabía. Eran cerca de las dos de la madrugada del viernes 27 de noviembre de 2009, el día después de Acción de Gracias. Con la mente probablemente embotada por efecto de los medicamentos recetados, era imposible que aquel hombre tan obsesionado con la privacidad previera que su próximo movimiento iba a destrozarse su imagen perfecta y le iba a hacer caer en la desgracia más profunda de la historia del deporte moderno. Tiger Woods abrió la puerta y huyó.

Dos días antes, el *National Enquirer*, que le había estado siguiendo de cerca durante meses, había publicado una bomba —«El escándalo de infidelidad de Tiger Woods»— con fotografías de una despampanante azafata de treinta y cuatro años de un club nocturno de Nueva York llamada Rachel Uchitel. El tabloide acusaba a Tiger Woods de haber mantenido un tórrido encuentro con Uchitel la semana anterior en Melbourne, durante el Australian Masters. Woods, que insistía en que se trataba de otra mentira, llegó incluso a poner a su mujer al teléfono con Uchitel, pero, después de treinta intensos minutos, Elin seguía sin creerse la historia de su marido. Tal vez fuera rubia y

guapa, pero de tonta no tenía un pelo. La tarde de Acción de Gracias, cuando Tiger volvió a casa después de jugar a las cartas con algunos chicos en el club de su urbanización privada de Isleworth, a las afueras de Orlando, Elin esperó a que se tomara un Ambien y se quedara dormido. Bastante después de medianoche, cogió el móvil de Tiger y empezó a investigar. Bastó un mensaje de su marido a un misterioso destinatario para que su corazón se partiera en dos: «Eres la única persona a la que he amado».

Elin se quedó mirando aquellas palabras y, entonces, desde el móvil de Tiger, envió un mensaje a la persona desconocida. «Te echo de menos —escribió—. ¿Cuándo volvemos a vernos?»

A los pocos segundos, llegó una respuesta que manifestaba sorpresa de que Tiger siguiera despierto.

Elin marcó el número. Le respondió la misma voz ronca de mujer que el día anterior le había declarado su inocencia. ¡Uchitel!

—Lo sabía —gritó Elin—. ¡Es que lo sabía!

—Mierda —dijo Uchitel.

Los gritos de Elin no tardaron en despertar a Woods. A trompicones por el aturdimiento, salió de la cama, cogió su móvil y se metió en el cuarto de baño. «Lo sabe», le escribió a Uchitel.

Pero a quien Woods temía de verdad no era a la mujer que había al otro lado de la puerta. La había estado engañando durante años con decenas de mujeres, alimentando un apetito sexual insaciable que había desembocado en una adicción incontrolable. No. La única mujer a la que en realidad había temido era la que se encontraba durmiendo en una habitación de invitados en otra parte de la mansión: su madre, que había venido de visita para celebrar Acción de Gracias. Kultida Woods, viuda desde hacía más de tres años, había tenido que tragarse un matrimonio en ocasiones humillante en el que había habido agresiones verbales, desatención y adulterio. Tiger idolatraba a su padre, pero no podía soportar que hubiera roto el corazón de su madre. Kultida nunca se divorció de Earl por Tiger. Prefirió preservar el nombre de la familia y dedicar su vida a criar a su único hijo para que llegara a ser un campeón. La reputación y Tiger: a Kultida no le importaba nada más.

Cuando Tiger era pequeño, su madre dictó una ley: «Nunca jamás arruinarás mi reputación como madre —le dijo—, o te atizaré».

De niño, el miedo a su represalia había mantenido a Tiger a raya. Ahora que era un hombre, nada le aterraba más que la idea de que su madre descubriera que había seguido los pasos de su padre. No podría mirarla a la cara.

Woods salió de la casa. En la calle, la temperatura era de cinco grados y él llevaba solo un pantalón corto y una camiseta. Según se cuenta, Elin lo persiguió con un palo de golf en la mano. Tratando de escapar, Tiger subió rápidamente a su Cadillac Escalade y lo sacó del aparcamiento a toda prisa. Inmediatamente después, saltó un bordillo de hormigón y se metió en una mediana encespedada. Giró bruscamente hacia la izquierda, atravesó Deacon Circle, saltó otro bordillo, pasó rozando una hilera de setos, volvió a cruzar la calle con otro viraje brusco y chocó con una boca de incendios justo antes de estamparse contra un árbol del jardín de los vecinos de al lado. Elin hizo añicos las ventanas de los asientos de detrás del conductor y el copiloto con el palo.

Kimberly Harris se despertó con el sonido producido por las explosiones del motor. Al asomarse a la ventana, vio un todoterreno al final de su entrada. La parte frontal estaba aplastada contra un árbol, y el único faro indemne alumbraba la casa. Preocupada, despertó a su hermano de veintisiete años, Jarius Adams. «No sé quién hay ahí fuera —le dijo—, pero será mejor que salgas a ver qué pasa.»

Adams salió con precaución por la puerta delantera, intentando procesar lo que estaba viendo. Woods estaba tirado boca arriba en la acera. No llevaba zapatos, había perdido el conocimiento y le sangraba la boca. Había cristales rotos esparcidos por la entrada y un palo de golf torcido junto al vehículo. Elin daba vueltas alrededor de su marido y gimoteaba.

—Tiger —susurró, sacudiéndole suavemente los hombros—. ¿Estás bien, Tiger?

Adams se agachó y vio que Tiger estaba dormido, roncando. Tenía el labio roto. Sus dientes estaban manchados de sangre.

—Ayúdame, por favor —dijo Elin—. No llevo el móvil. ¿Puedes llamar a alguien?

Adams corrió hacia su casa y le gritó a su hermana que cogiera mantas y almohadas. «Tiger está inconsciente», le explicó.

Luego volvió a salir corriendo y llamó a urgencias.

TELEFONISTA: Servicio de emergencias. ¿Qué ha pasado?

ADAMS: Necesito una ambulancia urgente. Delante de mi casa hay una persona inconsciente.

TELEFONISTA: ¿Se trata de un accidente de coche, señor?

ADAMS: Sí.

TELEFONISTA: De acuerdo. ¿Hay alguien atrapado en el interior del vehículo?

ADAMS: No, está en el suelo.

TELEFONISTA: Señor, el servicio médico está a la escucha, ¿de acuerdo?

ADAMS: Tengo un vecino... ha chocado contra un árbol. Hemos salido solo para ver qué pasaba. Le estoy viendo y está tirado en el suelo.

TELEFONISTA: ¿Puede ver si respira?

ADAMS: No, ahora mismo no sabría decirle.

De repente, Kultida Woods salió de la casa de Tiger y corrió hacia la escena del accidente.

—¿Qué ha pasado? —gritó.

—Eso intentamos averiguar —le explicó Adams—. Ahora mismo estoy hablando con la policía.

Kultida se volvió hacia Elin con lágrimas en los ojos. Poco después, oyeron una sirena y vieron aproximarse unas luces azules. Un coche del Departamento de Policía de Windermere se detuvo, seguido de una ambulancia, un *sheriff* y un agente de tráfico de Florida. Los paramédicos midieron las constantes vitales de Tiger y comprobaron que no hubiera sufrido una parálisis, intentando generar movimiento mediante la estimulación de su pie izquierdo. Tiger abrió los ojos entre gemidos, pero enseguida se le pusieron en blanco al moverse las pupilas hacia arriba con los párpados todavía abiertos.

Cuando los paramédicos alzaron la camilla de Tiger para meterla en la ambulancia y se marcharon a toda velocidad, la pregunta de Kultida quedó en el aire: «¿Qué ha pasado?». ¿Por qué había huido Tiger Woods de su casa en mitad de la noche? Y ¿cómo había acabado el deportista más célebre de nuestro tiempo tirado en la acera medio muerto? En cuestión de días, el mundo entero haría preguntas mucho más inquietantes. Las respuestas, al igual que el personaje, resultaron ser complejas. Cuando uno sigue un rastro sobre un camino muy sinuoso, lo mejor es empezar por el principio.